

LECTURA

de fosas comunes, a instancias de la Asociación para la recuperación de la memoria Histórica—, así como de toda una constelación conformada por historias especializadas, intereses de Comunidades Autónomas, proyectos de ley, testimonios de supervivientes y productos de la industria cultural, que no deja de ser heterogénea.

Todo ello encaminado hacia la «normalización» —tal y como reza, aun entre interrogantes, el título del capítulo VIII— de una cultura de la memoria en España, de cuyas expectativas en el presente hace el autor un balance prudente y moderadamente optimista en el capítulo IX y ««último»».

Antolín Sánchez Cuervo

CARME MOLINERO (ed.)

La Transición, treinta años después

Barcelona, Península, 2006

ISBN: 978-84-83077-48-1

La introducción que Carme Molinero realiza a este volumen pone de relieve lo vinculada que aún permanece nuestra actual democracia al proceso de la transición que la vio nacer, y por ello ejemplifica maravillosamente el permanente diálogo entre historia y presente que requiere una revisión global de interpretaciones precedentes. Se trata de un libro escrito desde el presente, y para entender el presente, y, como no podría ser de otra forma, se observa el peso del fenómeno *Recuperación de la memoria histórica hoy*, un debate convertido en central en los textos de Javier Ugarte y Rafael Chirbes, y aludido también por José Carlos Mainer y Santos Juliá. Por otra parte, la obra deja ver cómo se ha superado el relato sobre el protagonismo indiscutible de las elites, que aquí no aparecen, en el proceso, en tanto que Marín Arce, Pérez Ledesma y Pere Ysàs observan el proceder de la ciudadanía a la que también miran, lógicamente, los dos capítulos que versan sobre la cultura, el de Mainer y el de Joaquim Comas.

Efectivamente, Pere Ysàs, explica la Transición como el cruce de una doble evolución: de un lado, una presión social intensa, amplia y diversa, nacida en las transformaciones económicas y sociales de los años sesenta que «convirtieron España en un país industrializado y urbano»; y, de otra, las

«tensiones y divergencias internas del régimen, agudizadas después de 1969». Es decir, la suma de la erosión provocada por el antifranquismo y las divergencias internas. Se analizan pormenorizadamente ambos fenómenos: desde la movilización vecinal a la «pérdida» de la Universidad y la disconformidad de un sector de la Iglesia, observando la extensión y diversificación de la conflictividad, y aunque se enuncia que los militantes de los grupos antifranquistas impulsaron, extendieron y articularon la conflictividad social, se reconoce que la oposición nunca adquirió fuerza suficiente para precipitar el fin de la dictadura.

Esta articulación cuaja en la doble organización de la Junta Democrática y la Plataforma de Convergencia Democrática. Tal vez falte explicar por qué y cómo llegaron entidades como la ORT o el MCE a figurar en la Plataforma, ya que señalar para ello la prevención a ser deglutidos por el PCE a estas alturas ya no es suficiente, al tiempo que podría haberse indagado más sobre el cómo se produce el doble proceso de convergencia.

Santos Juliá arranca igualmente de la descomposición del régimen al explicar maravillosamente el problema de la atomización de los sostenedores del proyecto reformista y también de la progresiva articulación de la oposición y la evolución del proyecto de ruptura. Marca en el ámbito de la oposición durante décadas el desarrollo de una cultura del pacto, concepto del que considera que se ha abusado aplicándolo arbitrariamente en momentos diversos de la Transición. Así que explica el progresivo encuentro entre el proyecto reformista y el rupturista a partir del punto de inflexión del 23 octubre de 1976, cuando la *Plataforma de Organismo Democrático* manifiesta su objetivo de abrir negociaciones con el gobierno: «sí a partir de julio de 1976 el proyecto reformista dejó de tener vigencia, a partir de enero de 1977 la oposición dejó de negociar ruptura». En definitiva, Juliá delimita la extensión de los pactos, y apunta que llegaron tras los resultados de las elecciones de 1977.

Tanto Marín Arce como Pérez Ledesma contemplan los comportamientos sociales. En su análisis sobre el marco económico y social de la Transición, Marín Arce aborda situaciones que conoce bien, pero sobre las que introduce precisiones sustanciales y novedosas, la historia actual funciona así, ampliándose en sus matices en la

medida en que las fuentes se hacen accesibles: la documentación de Presidencia del Gobierno añade luces fundamentales al entorno en el que se toma la decisión de legalización del PCE, y también sobre las presiones del empresariado sobre el gobierno. Como siempre, en el texto de Pérez Ledesma destaca el orden expositivo, la precisión en su conceptualización y una analítica clarividente que le lleva a destacar matices muy sugerentes. Se me ocurre una pequeña precisión, mirando desde el Sur, el movimiento ecologista, muy fuerte y muy extenso cronológicamente creo que funcionaría por acá, más en la línea del feminismo y el movimiento estudiantil, tal como el investigador los caracteriza, en continuidad y coincidencia con los partidos de la izquierda clásica, que estuvo en la base de las movilizaciones contra la contaminación del Polo Industrial en Huelva, por ejemplo, la protección de Doñana y el movimiento en contra del trazado de carreteras por su interior; las plantaciones de eucaliptos en Extremadura y en Andalucía, los cementerios nucleares y el movimiento *Nucleares No, Gracias*, y, además, podría hablarse del impulso de los partidos en el movimiento de objeción de conciencia, aquí unido al rechazo a las bases y las marchas a Morón y Rota. Pero sí, la cultura política democrática ya introducida en la sociedad explica la anteposición del objetivo final de la democratización sobre los intereses específicos, pero cómo se afianza esa cultura democrática en medio de la dictadura, ahí está la clave: ¿Cómo se realiza el aprendizaje de la libertad?

La idea central del título de José Carlos Mainer –*La cultura de la Transición o la Transición como cultura*–, cambiar la perspectiva para observar la Transición como cultura, ya es en sí sugestiva, como lo es en el interior del capítulo mucho de lo que se propone, por ejemplo, la intensidad con la que brilló el concepto cultura y su centralidad política, simbolizada, tal vez, en el nombre de un nuevo Ministerio, o los ciclos por los que atraviesa el recuerdo de la Guerra Civil. No obstante, en ocasiones, el tono del autor parece más cercano a una reflexión interior que al de una exposición hacia el lector. Complementariamente, Joaquim Molas presenta la explosión cultural catalana de esos años, y deja constancia de que «durante la Transición se usó, en general, la cultura y, en particular, la literatura como un instrumento de movilización política». Yo

destacaría también el papel de la música, y marcadamente en Cataluña, con intérpretes cuyas letras significaron libertad en cualquier rincón de España, por donde, si bien la lengua introdujo una distinción sustancial, el fenómeno aconteció de forma análoga.

¿Legado del Franquismo? Tiempo de contar de Javier Ugarte reivindica la normalidad democrática del momento que vivimos, a treinta años de la Transición, cuando se cursa una fuerte demanda sobre la verdad de la guerra y la dictadura, realidades que considera esencialmente inseparables. Apoyándose en Fusi valora que la situación de la España actual es homologable a la de «cualquier sociedad desarrollada, urbana y moderna» de su entorno, y recuerda que las ideas y políticas de reconciliación han sido constantes en sociedades de tránsito. Enmarcándola en densos fundamentos teóricos sobre la función de la historia y el trabajo de la memoria para la historia reciente de Europa, Ugarte trata de dilucidar también sobre continuidad y discontinuidad entre Dictadura y Transición, comenzando por precisar que lo esencial no es si existen o no las continuidades, sino qué clase de continuidades y en qué modo actúan. El texto está plagado de conceptos fundamentales –historia, memoria, reconciliación, calidad democrática, situación de la democracia actual, continuidad/discontinuidad, perspectiva– sobre los que también se indaga, con el objetivo doble de realizar un ensayo teórico para posteriormente aplicarlo a la realidad española del momento. El resultado parece algo complejo, y la lectura se dificulta por las continuas citas y referencias insertas en el cuerpo del texto. Creo que el historiador de hoy necesita la reivindicación que Ugarte inserta al afirmar que «sólo la reflexión permanente del pasado, puede hacer que no nos englobe» y reclamar esa función emancipadora de la historia. Establece una muy clarificadora distinción entre legado tangible e inmaterial de la dictadura, y da por esencialmente zanjado el primero. Yo no estaría tan segura, dado que la fórmula reformista implica la continuidad (de las personas, de la Administración, recordemos por ejemplo, lo sucedido en la Universidad), pero es cierto que esa permanencia se extiende durante la Transición, si introducimos el factor tiempo, podría darse por concluida en la Democracia de Hoy, donde, sin embargo, sí perdurarían vivencias o creencias

LECTURA

emocionales, que configuran lo que él denomina legado inmaterial. Ugarte termina ensalzando la actual necesidad de contar y ése es el tema central de Rafael Chirbes.

Siempre es enriquecedor observar cómo se observa desde el ámbito de la literatura el que la novela, como dice Rafael Chirbes, haya «reclamado con frecuencia su papel de testigo», algo que no sólo en estos momentos constituye un fenómeno densísimo, sino, que, además, concita el favor del público. En su explicación acude al sugestivo título de Vargas Llosa, *La verdad de las mentiras*, y a la opinión de este autor de que «una ficción logra encarnar la subjetividad de una época». Pero, curiosamente, yo también recurro al mismo autor para explicar en mis clases de historiografía la radical diferencia entre objetivos y esencia en la novela y en la historia, y expongo la opinión de Vargas Llosa en el prólogo escrito en Londres, en 1999, a *La tía Julia y el escribidor*, donde se usan los mismos conceptos de forma distinta: «Este empeño [el de incluir una experiencia autobiográfica en la trama de la obra] me sirvió para comprobar que el género novelesco no ha nacido para contar verdades, que éstas, al pasar a la ficción, se vuelven mentiras (es decir, unas verdades dudosas e inverificables)». No trato, ciertamente, de reivindicar toda la verdad para la historia, sino de mostrar cuán complejo es el vínculo.

En otro sentido, Chirbes también previene sobre el afán del poder por controlar el relato para que legitime su existencia, y cómo en las sociedades contemporáneas el intento conduce no sólo a controlar el relato histórico, sino también —yo diría que de forma preferente, porque captan más público— el control de los medios de comunicación, bien prensa, bien manifestaciones artísticas. Así, entronca este autor con el relato de la moderación de la Transición, la desideologización posterior de la democracia y el actual uso de la reivindicación de la memoria con fines partidistas.

Esta revisión de la Transición resulta moderna y bien pensada, aunque creo que algo limitada en su espacio geográfico: hecho en falta referencias a lo que acontece por debajo de Madrid; apenas hay menciones ni a lo que entonces sucedió ni a la historiografía de hoy, y tampoco se mira más allá de las fronteras peninsulares, a la dimensión internacional de la Transición. Pere Ysàs apunta que el exterior

cuenta: «Pero desde finales de los años sesenta la situación sociopolítica española y las necesidades exteriores de la dictadura convirtieron esta falta de legitimidad democrática en un problema cada vez más grave. Éste el punto originario de la continuada búsqueda de fórmulas que, sin desnaturalizar el franquismo, hicieran posible su adaptación a una sociedad y a un escenario internacional tan distintos de los existentes tres décadas antes. (p. 50), pero esa dimensión no está en la obra.

Encarna Lemus